

Re-visiones de un lector apasionado

POR CANDELARIA PÉREZ BERAZADI

Daniel Link

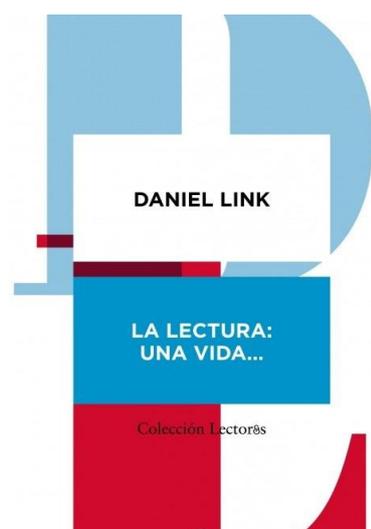
La lectura: una vida...

Buenos Aires

Ampersand

2017

244 páginas



Re-visiones de un lector apasionado

Candelaria Pérez Berazadi¹

Daniel Link nos invita a recorrer su vida como lector a través de un relato teñido de recuerdos autobiográficos y experiencias personales que conforman su periplo literario. La dinámica memorística, lograda a través de la descripción minuciosa de los acontecimientos vividos, permite acercarnos a lo que el título condensa y adelanta: la lectura como práctica existencial o, en todo caso, a la vida justificada de literatura. *La lectura: una vida...* aparece publicado por primera vez en abril de 2017, bajo la edición de Ampersand y dentro de la denominada “Colección Lectorès”, cuyo objetivo es mostrar a la audiencia el (re)encuentro de grandes autores de prestigio con algunos de

¹ Candelaria Pérez Berazadi. Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina. Facultad de Humanidades. Departamento de Letras. Correo electrónico: c.perezberazadi@gmail.com

los libros que marcaron –o determinaron- su formación cultural, intelectual, literaria. El ejemplar se divide en diez capítulos, además de una introducción que funciona como breve prefacio de la obra. En ella, Link realiza el intento de auto-definirse a partir de una particular incertidumbre: “No sé lo que soy, pero sé lo que he leído (p.8). Respondiendo a la dinámica mencionada con anterioridad, el autor regresa a la literatura para construir su esencia, y de esta afortunada expresión nacerán los capítulos restantes.

Elige comenzar, cronológicamente, por la historia de sus padres, relato que enmarca su nacimiento bajo el signo de Virgo y su correspondida meticulosidad para la lectura. Luego de introducirse como niño “pobre y enfermizo” (pues padecía síndrome de *tourette*) menciona la necesidad que tuvo de compensar su enfermedad neurológica con “enriquecimiento simbólico” (aspecto que considera el tema del libro en cuestión) para su “ascenso social”. Ya el capítulo dos está centrado en sus inicios como lector en la escuela primaria y en la importancia de la señorita Celia. Su formación en materia literaria empieza antes del primer año escolar con “literatura barata (historietas, revistas, cuentos infantiles ilustrados)” que había en su casa; asimismo, su primera experiencia como espectador de cine colabora con su potencial carrera artístico-intelectual. Más adelante, gracias a la intercesión de la señorita Celia, empieza a acercarse a algunos clásicos como *El Principito*, “el primer ‘libro serio’ de su vida”. Link no duda en reflexionar sobre cada obra literaria que cita y genera momentos oportunos para fomentar el pensamiento crítico sobre aquello que afirma y describe. Su idea de lectura, entendida como práctica silenciosa, se afila en el tercer capítulo al correlacionar su impacto en el ámbito político-histórico-cultural: la lectura es comprendida, entonces, como una necesidad de situarse en el mundo, y la escuela media genera “modos de leer” que implican prácticas diferentes a las propuestas por la enseñanza primaria. Al caso, entonces, cita felizmente a M. Foucault para referirse a la escuela como un sistema moderno que atraviesa tres estados: la disciplina, la regularización estatal y el control. Arguye: “Los sistemas escolares de América Latina, que se construyen mayoritariamente durante el siglo XIX, serían la encarnación, en todo caso, de la lógica del poder continuo de los mecanismos regularizadores del Estado.” (p.43). En relación con esto, al referirse a la alfabetización, el autor refuta la

idea que plantea Levi-Strauss en tanto se trata de una práctica de sólo un objeto, que es la Ley; para el argentino, el Texto es otro de los temas fundamentales de la práctica alfabetizadora. Conforme avanzamos en la narración, el autor va ajustando, puliendo y expandiendo la noción de lectura y el rol de la escuela en la producción de sujetos lectores. Así, Link nos presenta el ejercicio de leer como “práctica compleja que supone niveles diferentes de intervención del sujeto: la lectura como notación, la lectura como interpretación y la lectura como experimentación.” (p.48). Aficionado – luego de heredar la biblioteca de Fernando– a los autores del *boom* latinoamericano (Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa), el crítico re-afirma –pareciera que con necesidad imperiosa– el desconocimiento de su identidad y la potencialidad que la lectura es capaz de proporcionar(le) una vez que la “máquina lectora está armada”: “Yo no sé quién soy ni en qué monstruo sería capaz de convertirme” (p.56).

Oscilando entre el compendio de lecturas iniciáticas (Bioy, Borges, autores del *boom*, entre otros) y las posteriores, fieles a su formación académica (Piglia, Arlt, Gusmán, Saer, entre muchos miles), el autor se adentra en el *racconto* de su paso por el profesorado y, especialmente, en la figura de Enrique Pezzoni (el “niño mimado” de Victoria Ocampo y de Ana Barrenechea), para dar cuenta de la importancia de la pedagogía como herramienta mentora de la construcción de pensamiento crítico: “Enrique siempre supo que la tarea del profesor despliega una ética que encuentra en la política cultural su fundamento” (p.69). En una suerte de *imitatio* al ejercicio docente, Link nos presenta una teorización sobre la propia teoría literaria como estructura de organización histórico-crítica, siempre partiendo de la propia experiencia personal en torno a las lecturas y a los encuentros con las grandes figuras del pensamiento literario; pongamos por caso a Beatriz Sarlo, protagonista del capítulo denominado “La dictadura” (1976, año en que el autor finalizaba el colegio secundario). Por su parte, Daniel Divnisky y Arturo Carrera encabezan otro de los apartados del libro, como dos de los personajes centrales del trabajo editorial del que Link participó por bastante tiempo. En una suerte de ejercicio meta-literario del que pareciera no poder escapar en ningún momento, el escritor “encastra” en su propio relato autobiográfico una reseña de su autoría. La reflexión sobre la literatura y sus procesos de asimilación son constantes a lo largo de todo el libro, pero en dicho

capítulo la concentración y el detenimiento sobre las lecturas es doble: se trata, por un lado, de la auto-definición de Link como lector compulsivo (dinámica demandada por su profesión en el mercado editorial) y, por otro lado, la mención de dichas lecturas (nombres de autores, títulos, citas, fragmentos) que dejan entrever la conformación de la vastísima enciclopedia cultural del autor. Así, a cada acontecimiento autobiográfico le corresponde una referencia literaria de algún tipo.

Al trabajo editorial le sigue la labor filológica a la que le dedica el capítulo siete. Ana Barrenechea y Rodolfo Walsh son dos de los nombres propios mencionados desde el comienzo. La “furia lectora” continúa su paso arrollador en busca del verdadero “amor por la palabra”, y Nietzsche y Borges son las autoridades máximas que colaboran con el repaso teórico sobre dicha ciencia. Por otra parte, la voz walshiana se sigue escuchando con fervor y la “Carta a la Junta Militar” sirve de ejemplo fiel para ilustrar el proceso (filológico) de re-lectura de ciertos textos a los que *estamos obligados*² a volver una y otra vez, quizá porque la obra del periodista argentino encuadra, en este aspecto, como modelo arquetípico de compromiso político-social y archivo histórico-nacional. Cada uno de sus escritos

“relampaguea en un instante de peligro” en el que todo lector interesado se detiene y reflexiona: “(...) de lo que se trata, en todo caso, es de llevar la pregunta hasta sus últimas consecuencias, en todas las direcciones posibles, para poder decidir la respuesta que nos gustaría balbucear” (p.126).

En “El ciclo básico común” y “El trabajo pedagógico” Link progresa la idea de lectura como la relación entre un objeto (el texto) y un sujeto (el lector), y profundiza este punto de vista al citar a S. Peirce, precursor de la reflexión moderna de la ontología y el estatuto de los signos (y sus “modos de ser”). Más adelante, retoma algunos conceptos explicados con anterioridad y sigue puliendo el referente principal de su libro (la lectura), yendo y viniendo de la teoría a la práctica, de la experiencia a las vivencias “por venir”, de las certezas dogmáticas a las inseguridades pedagógicas (“no sabemos qué dar a leer”). Por supuesto: dicha lectura perdería todo sentido posible si el autor encontrara una definición “cerrada” del ejercicio lector y, consecuentemente, de literatura. Link encuentra en el hiato de esta imposibilidad

² El subrayado es mío.

semántica la excusa para pensar en dos extremos opuestos entre los que tambalea la pedagogía literaria. Así, afirma que “toda forma de enseñanza de la literatura está atrapada entre esos dos polos: el dogmatismo cínico de Humpty Dumpty, y el antidogmatismo utópico de Roland Barthes” (p.151). Sus amistades (citadas posesamente en el último capítulo a partir de descripciones de situaciones y experiencias particulares) le conceden la confianza, herramientas y fuentes necesarias para situar(se) en el lugar en que lo ha hecho desde el comienzo de su proceso escritural: como teórico de sus propias experiencias de mundo. Josefina Ludmer, Ana Amado, Sylvia Molloy, Raúl Antelo son algunos de los amigos a los que el crítico les profesa admiración, respeto y, sobre todo, reconocimiento intelectual.

De este modo, en un vaivén que oscila entre un pasado revenido a la memoria y un presente cargado de lecturas inocultables, Daniel Link entretiene teoría y crítica literarias con experiencias autobiográficas dibujadas desde una introspección poética amable. Y, casi *sin querer*, vamos adquiriendo –en un proceso dinámico recursivo– un compendio cultural que intenta *abarcarlo todo*: “Pretendía al mismo tiempo, tal vez ilusoriamente, que mis libros pedagógicos encontraran ese mismo lector niño que había sido yo, dispuesto a leerlo todo a partir de un fragmento que me revelaba un mundo” (p.151). Intuimos, acaso, que el fin último de *La lectura: una vida...* es sino el proyectar una forma de entender el mundo a partir de la escritura sobre la literatura (y sus formas de ser leída y pensada). Regresamos al paratexto principal, el título: el ejercicio lector consta de una proyección temporal que se asemeja a la vida misma. Link intenta amalgamar (su) pasado y (su) presente en una sola lectura: en *la* lectura de su propia experiencia vital. Con un pie en el pasado y otro en el presente, el periodista desnuda su interés por la pedagogía y el rol docente en torno al *cómo* enseñar a leer. Imposta la importancia de lo rizomático de la literatura en tanto que “la historia de la lectura de las lecturas de un texto es, de algún modo, la historia de los combates por definir el sentido de ese texto.” (p.40). Finalmente, su forma personal de escritura (el *cómo*) termina por acoplarse al fin último deseoso de ser alcanzado (el *qué*), y entonces la lectura se transmuta en el hogar donde conviven la “felicidad” y el “olvido”.